DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA - BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

El poeta

(Recuerdos de una nevada)

Estas nevadas y estos fríos cruelísimos, han-me traido á la memoria la muerte de Fulcrán.

Era amigo mio. Vino de Méjico con propósito firme de proseguir los estudios de abogado. Subvencionábale su padre, desde la patria ausente, con una pensión modesta. No siempre la recibia con regularidad, lo que era causa de dolorosas aflicciones para mi amigo.

Una mañana vino á anunciarme, llorando, que el autor de sus dias acababa de sucumbir.

Con el padre idolatrado perdió los medios de continuar sosegadamente sus estudios.

Fulcrán me pidió le recomendara á mis amigos para conseguir una colocación por modesta que fuera. Halléla en una imprenta, con el carácter de corrector de pruebas.

Quedábanle libres algunas horas del dia, que consagraba á sus libros.

Se alimentaba mal, vestía pobremente.

Alquiló un desván de casa vieja, cuyos vecinos eran todos gente de trabajo. En los bajos habia una farmacia. Vivia solo.

Fulcrán retirábase á *su casa* muy tarde. Los maldicientes le acusaban de vicioso.

Mi pobre amigo debía corregir las pruebas de un diario y hasta redactar gacetillas y telegramas, á última hora.

Su palidez, su porte miserable, no excitaban la compasión.

Era un hombre decente, nacido en mejor cuna, demasiado ilustrado para merecer el *honor de la lástima*, que es para muchas cabezas la única idea concebible de la justicia.

¡Qué imaginación tan bella la de Fulcrán! Unida ésta á una erudición vastísima, á un sentimiento delicado y á una comprensión profunda, hacían de mi amigo un poeta inspiradísimo. Guardo todavía alguna de sus odas. Componíalas en alta voz, relelalas después con entonación.

Los *vecinos*, al oir en los altos aquellos gritos, se sonreian unos á otros y decian moviendo desdeñosamente la cabeza: *¡es el poeta!*

Por este nombre, y no por el suyo,—que apenas si lo sabia el casero,—conocíanle en el barrio.

¡Y qué barrio tan *ilustre* aquél en que vivía Fulcrán!

***

Una mañana Barcelona y sus afueras, aparecieron cubiertas de nieve.

Pocas personas abandonaron sus casas.

Fulcrán abrió muy tarde el único postigo de la *suya*. ¡Cómo debió agradablemente sorprenderle aquél panorama níveo, purísimo, inmaculado! Los montes vecinos debieron traer á su memoria las cumbres de su patria.

Pero no; lo que más agradó á nuestro amigo, á poco de mirar aquél tapiz de nieve, fué el cúmulo de pájaros que en vano picoteaban en los terrados, en los jardines, en las ramas de los árboles, buscando un grano alimenticio. Víctimas del frio y del hambre que les desalojó de sus nidos, en el monte, bajaban á la ciudad buscando aquí entre los hombres lo que les negaban las inclemencias del tiempo.

¡Protección en los hombres! Sí, la hallaron algunos; pero fué *perdiendo su libertad*, cayendo en las mil trampas que los niños, las mujeres, hasta los graves padres de familia disponian en las galerías, en las ventanas, en los balcones de las casas. Otros no fueron tan generosos. *Fulcrán tuvo ocasión de verlo.* Allá abajo en la farmacia el *heredero*, estudiante meritísimo de medicina, orgullo de sus padres y *descanso* de su catedrático, que le administraba justicia con *sobresaliente*; el *heredero*, digo, habia hecho un gran descubrimiento. No tenía á mano trampas para pájaros, pero sí para ratones.

¡Cazaba pues *extranguladas, mutiladas ó degolladas* á las pobres aves! Estas iban recelosas picando como movidas por triste presentimiento hácia aquellas *maquinitas* que en su centro ó en el fondo de sus celdas ocultaban granos de alpiste, de mijo ó pedacitos de pan. Una no se escapaba. Las que sobrevivían sugestionadas por el hambre no escarmentaban en sus predecesoras.

¡El *heredero* y su familia reían como un *Sancho Panza*, cada vez que conseguia una victima!

En cambio, en el desván estaba el *Quijote*. Era Fulcrán. Al apercibirse de aquellas crueldades cometidas por el futuro médico, mi amigo no pudo contenerse.—*¡Bárbaros!* le gritó con toda la fuerza de su pecho gastado por la tisis. Fulcrán corrió hácia el baúl, removió su ropa, halló *cinco pesetas*. Era todo su capital, sus ahorros de quizás un mes. Corriendo bajó Fulcrán la escalera, prorrumpiendo en gritos lastimeros para los pobres pájaros. Los vcinos creyeron pasaba algo desagradable. Abrieron sus puertas y se preguntaban en los descansos qué sucedía. Nadie lo explicaba satisfactoriamente. Pasó algún rato. De pronto oyóse otra vez el mismo ruido de antes... ¡Era Fulcrán que volvía!

¿De dónde?

De casa del droguero. Venía con la cabeza desnuda, con el sombrero en las manos. Lleno de alegría, y levantado con la punta de los dedos algunos granos de alpiste—de que estaba colmado el casco del sombrero.—*¡Mirad*—decia á los vecinos que esta vez abrian á tiempo sus puertas,—*traigo pan para mis hermanos!*

Y Fulcrán, el pobre, subía corriendo aquellos tramos de la escalera, que fatigaban sus pulmones enfermos.

—¡Está loco!—exclamaban las personas *razonables*. Pero los niños, que adivinaban la piadosa intención del poeta, corrieron á las galerías para presenciar el más poético y encantador de los espectáculos.

Fulcrán, asomándose á la ventana de su cuarto, arrojaba el alpiste á manos llenas sobre el jardín del farmacéutico. Los pájaros devoraban aquel alimento que bajaba, como milagrosamente de los cielos. Levantaban regocijados sus cabecitas. ¡Veían una mano próvida, generosa, amiga, que al abrirse derramaba la abundancia sobre la tierra! Era la mano del poeta vilipendiado, escarnecido por los hombres. Era la mano de un pobre, de un enfermo, de un desvalido, que sentía la conmiseración por *sus hermanos*—como él les llamó.

¡Sus hermanos! Sí, Fulcrán era un ruiseñor. Vivió y murió cantando, cantando sus versos admirables.

Las gentes que presenciaban aquel hermoso cuadro de la caridad, opuesto al de la barbarie, que acababa de dibujar el *médico en ciernes*, tenían epítetos bien poco afortunados para el dadivoso poeta. Todos eran miserables; él era el único rico en bellos sentimientos. Ellos reían. Fulcrán lloraba de ventura. Las aves, formando una nube de colores, subieron hasta el desván, posáronse en el alfeizar de la ventana, entraron en el cuarto.

Fulcrán no tenía ya más alpiste. Los pájaros piaban como demandándoselo. El poeta lo había dado todo. Todo, *hasta su vida*.

Sí; débil; enfermo como estaba, con el disgusto recibido, con el cansancio que le ocasionó su precipitación en subir la escalera, con el frio intensísimo que había penetrado en sus pulmones, Fulcrán sintióse grave, sintió que su respiración era difícil. Sus extremidades se helaron. Se acostó. Por miedo al escarnio, á nadie quiso demandar auxilio.

Aquella noche yo no ví á Fulcrán. Me extrañó mucho. Fuí á visitarle. No me respondió al llamar. Tuve triste presentimiento. Empujé la puerta con vigor. Cedió al fin.

Entré. Fulcrán estaba poco menos que muerto. Le reanimé como pude, le alenté, corrí á buscar á nuestro amigo el Dr. Eguilaz.

¡Ya era tarde!

Con todo, el médico extendió su receta. Bajé precipitadamente á la farmacia.

¡Cuánto tardaban en despacharme! Yo no hacía más que importunar al practicante.

Grité mucho seguramente, pues apercibiéndose en el interior de la casa, donde se oía ruido de platos y cristales, y el rumor alegre y propio de los que celebran un festín; el dueño de la farmacia y su *ínclito heredero*, vinieron á enterarse de lo que ocurriría.

—¡Fulcrán se muere!—les dije yo para más estimularles á ser activos. ¡Despache pronto!

—¿Quién es Fulcrán?—preguntóme el futuro médico.

—¿Fulcrán? Es mi amigo, el mejicano, el poeta del desván! . . . . . .

. . . . . .

Al oir estas palabras, aquel cínico estudiante, lanza una estupenda carcajada.

Yo me indigné.

—Mire usted;—prosiguió después con estúpida sonrisa en los labios—*ese poeta* quiso proteger á los pájaros y quizá muera de una pulmonía. Nosotros acabamos de comernos con arroz aquellos que conseguimos cazar. ¡Estaban deliciosos!

Cuando volví al desván, mi amigo había muerto.

En el barrio todavía se ríen del quijotismo del poeta.

—¡Pobre Fulcrán! Hoy me acuerdo de tí!

Acepta estas palabras de tu amigo,

ESTRUCH.

El comercio con Rusia

Dice así el ukase expedido por el emperador de Rusia, que ha de comenzar á regir el 1.° de Julio del corriente año:

«Cediendo á los impulsos de una solicitud incesante por el desarrollo de la producción nacional, os hemos dado orden de efectuar una revisión general del arancel de aduanas, adaptándola á las necesidades reales y presentes de la industria rusa, con el fin de protegerla y vigorizarla en todos sus ramos.

En ejecución de nuestra voluntad se han verificado estudios numerosos, quedando elaborados los proyectos necesarios; pero en vista de la importancia esencial de la cuestión, el examen de las consecuencias legales de dichas proposiciones exigirá algún tiempo.

Sin embargo, el cambio en la proposición relativa y reciproca entre el valor del rublo oro y del rublo convencional que se ha realizado desde que se perciben en oro los derechos de aduana, ha debilitado la protección que garantizaba la tarifa vigente á las fuerzas productoras del imperio.

Por lo tanto, y habiéndose reconocido las ventajas de armonizar desde luego los derechos de aduana con el curso modificado del cambio, decretamos:

I. Se prohibirá hasta el 1.° de Julio de 1891 un recargo suplementario de 20 kopeks oro por cada rublo de derechos que devengan todas las mercancías á su entrada por las fronteras de Europa y los puertos del mar Negro, salvo las excepciones indicadas en los artículos 2.°, 3.° y 4.°.

II. El carbón de piedra y de turba, el carbón vegetal, el cok y la turba que se importen por los puertos del mar Rojo y del mar de Azow (artículo 15 del arancel, párrafo primero y segundo, *a*,) pagarán durante el mismo período un derecho de entrada suplementario de 40 kopeks oro por cada rublo de derechos.

III. Cuando estos mismos artículos se importen por la frontera de Occidente ó por los puertos del mar Báltico (artículo 15 del arancel, párrafo primero *b* y *c*, y párrafo segundo *b* y *c*), devengarán los mismos derechos que en la actualidad y sin satisfacer recargo alguno, y asimismo las alcaparras y aceitunas secas, saladas ó en aceite, que se importan en barriles, cestos ó en cualquier envase que no esté herméticamente cerrado (art. 51, la hoja de laurel, la galanga (art. 69, el café (art. 70 y observaciones), el cacao (art. 71 y observaciones) y el té de todo género (art. 75 y observaciones).

IV. El azúcar (art. 73) abonará sin recargo hasta el 1.° de Julio de 1891 los derechos de entrada que determina nuestro ukase del 5 de Agosto de 1890.

V. Los reglamentos que establecen los artículos 1.° y 2.° entrarán en vigor desde el día de la publicación del presente ukase en el *Boletín de leyes*. Queda encargado el ministro de Hacienda de comunicarlos á las administraciones de aduana correspondientes para su inmediata aplicación.

VI. Se eximen de los recargos que impone el presente ukase á todas las mercancías que estén depositadas en las administraciones de aduana el día en que se reciba el telegrama decretando la aplicación de la presente ley, y á las mercancías cuya documentación se haya presentado en las administraciones de aduana de la frontera y puertos de mar el día en que se reciba el referido telegrama y hasta la hora en que se acostumbra cerrar dichas oficinas.—Firmado.—Alejandro.

EL SUICIDIO DEL DUQUE DE VERLYS

El suicidio del duque de Berlys, llamó poderosamente la atención por las circunstancias extrañas en que fué cometido.

El duque se había casado hacía poco con una mujer de la que estaba locamente enamorado, y que le correspondía. Era rico y joven. Todo le sonreía. Cuando de repente se mete en una habitación de su casa y se salta la tapa de los sesos.

La hipótesis y las averiguaciones hechas han sido muchas. Aureliano Schoff ha oido contar una versión dramática en extremo; y que es la que reprodu cimos.

En Diciembre de 1887, el duque se hallaba en Montecarlo. Fumaba un cigarro paseando por las Esplugas, cuando se encontró con un anciano que daba el brazo á una joven, de una belleza pasmosa.

Berlys los siguió y recogió todos los informes posibles en el *Hotel de Paris*, donde se hospedaban los desconocidos.

El viejo era un general ruso, el conde de Panlewskoff, y la joven se llamaba Stolina Remeveff, esposa del general desde hacía pocos meses.

El duque de Berlys hizo cuanto le fué posible por acercarse á la joven, que le había fascinado con su hermosura.

En el Casino, mientras el general ganaba en el juego unos cuarenta mil francos, pudo el duque cambiar algunas palabras con Stolina. En fin, un ayudante de campo del conde Brasiatinski, hizo la presentación del duque al general.

Berlys, profundamente enamorado de Stolina, se arriesgó un día á manifestarle su amor. La joven señora, dejando abandonada su mano temblorosa en las del duque, la respondió que nada podia esperar, mientras que viviera su marido.

—El general me ha sacado de la pobreza. No quiero serle ingrata. Espere usted como yo espero.

El duque volvió á París.

Seis meses después recibía una carta de luto.

El general había muerto, y Stolina anunciaba que en breve estaría en París.

Así sucedió.

La hermosa viuda tomó una magnífica habitación en la calle del Coliseo. Su matrimonio con el duque se efectuó apenas hubo espirado el plazo marcado por la ley.

La nueva duquesa produjo grandísima sensación en los círculos parisienses. Su marido la llevó á todas partes, al Bosque, á la Opera. No se separaban nunca.

Con todo la duquesa volvíase cada día más taciturna. Eran visibles su tristeza y su abatimiento.

Al salir de un baile una noche, el duque de Berlys, suplicó á su mujer le confesase qué dolor secreto la devoraba.

—Pues, bien, te lo diré—contestó la esposa.

—De todos modos ya no podía vivir así, callada por más tiempo...

El duque fué todo ojos y oidos.

—Como te amaba tan ardientemente—continuó Stolina—no tenía otra idea que la de unirme á tí para siempre. Mi tormento, al lado del general, á quien no amaba, era insoportable. Una noche, ciega ya y desesperada, cogí del jardín unas hojas de planta venenosa y las eché en la tetera, donde se confeccionaba el thé para mi marido. Ocho días después había muerto el general. ¿Murio envenenado? No lo creo, porque el veneno era activísimo y no hubiera tardado tanto tiempo en obrar.

Como quiera que fuese, mi remordimiento es enorme; pienso que solo con la intención he matado á mi marido, y esta idea me persigue y concluirá por matarme á mí también.

El duque, espantosamente pálido, con el corazón en la garganta alzó del suelo á Stolina, que durante la confesión del crimen se había arrodillado á sus piés.

El duque obligó á su mujer á devolver la herencia del general ruso, y como éste no tenía herederos forzosos, toda su riqueza fué distribuida entre establecimientos de Beneficencia.

Acaso de ese modo se aplacará la cólera divina—dijeron los esposos por todo consuelo.

Pero no sucedió así.

Stolina tuvo un hijo del duque.

Al recibirlo la partera, notóle en la espalda una mancha verde, ovalada, en forma de una hoja.

Los padres vieron con temor que aquella mancha tenía la semejanza de las hojas de la planta venenosa que fueron echadas en la tetera del general.

Pasó tiempo.

Una noche, á la mesa, el señor Berlys sintió una opresión angustiosa en el pecho. Stolina le ofreció á beber un vaso de agua.

Pero el duque, furioso, con los ojos de un loco, exclamó, apartando de sí el vaso que le ofrecía su esposa:

—¡Nó, nó; ya no me amas! Ya sé; quieres envenenarme como al otro.

Y pasando á una habitación inmediata, se disparó en la sién un tiro de revólver.

Nadie sabe hoy día el paradero de la duquesa.

Noticias.

En Jai-Alai.

A la hora anunciada y ante escasa concurrencia comenzó el partido concertado entre Victoriano Gamborena y Juan Echeveste contra José Sarasúa y Ramón Urbieta, sacando todos de los seis cuadros.

Empezó dándose momio por los colorados de 30 á 12, momio que se mantuvo hasta las cuatro, hora en que por causa de la lluvia hubo de suspenderse, quedando éstos en 18 tantos por 14 los azules.

Los tantos jugados no tuvieron interés alguno, pues debido á que las nubes amenazaban obsequiarnos con un fuerte aguacero, los jugadores se dieron gran prisa.

La nueva empresa de la Plaza de Toros de Valencia ha ultimado ya su combinación para las corridas de feria en el año presente.

Estas serán cuatro, en los días 24, 25, 26 y 27 de Julio, con las ganaderías y toros siguientes: 24, toros de Saltillo, Espartero y Guerrita; 25, toros del duque de Veragua, Lagartijo y Guerrita; 26, toros de doña Celsa Fontfrede, viuda de Concha y Sierra, Lagartijo y el Espartero; 27, ocho toros de Ibarra, Lagartijo, Espartero, Guerrita y Fabrilo.

También habrá dos corridas en Mayo y dos en Octubre.

Los trenes..... ¡ah! los trenes continúan á la altura de La Unión Vascongada y demás amigos de *reformar*; debido al hundimiento ocurrido en la *estación* de «San Felices», vienen cuando pueden, no cuando quieren.

Por esta causa nos vimos anoche privados del correo y..... se continuará.

De una estadística recientemente publicada, resulta que en las 62 diócesis y el priorato de las órdenes en que se divide España, hay 964 arciprestazgos, 10.869 parroquias, 14.624 iglesias sufragáneas, ermitas y capillas, y 32.938 sacerdotes.

Los seminarios conciliares son 68, con 830 profesores y 18.327 alumnos.

Existen 264 conventos de frailes, con 17.677 religiosos, y 1.027 conventos de monjas, con 14.592 religiosas.

Durante la noche del martes último fué abierta la tumba de Santa Agata, en Catania, y robado su famoso tesoro.

La población de Catania, cuando supo la noticia del sacrilegio, recorrió las calles dando gritos de muerte contra los ladrones.

En la semana pasada, ha fallecido en la vecina villa de Hendaya, á la edad de 78 años, la señora doña Josefa Rezola, viuda de Arizmendi, madre de nuestro amigo D. Javier Arizmendi, á quien y á su apreciable familia, enviamos la expresión de nuestro sincero pésame.

Parece que en el año agrícola actual se ensayarán en pequeña escala en el litoral de la provincia de Granada los cultivos de café, té y vainilla, con el fin de sustituir al de la caña de azúcar, cuya explotación va haciéndose cada día más onerosa.

El último baile de máscaras dado ayer en el espacioso y elegante salón de La Fraternal, resultó brillantísimo.

Las más encantadoras mujeres lucieron allí su belleza y sus facultades en la danza.

El pueblo Quelja (Orense), se halla rodeado de nieves é incomunicado, y desde la puesta del sol nadie se atreve á salir de su casa por el temor á las caidas y á los lobos.

Noches pasadas atacaron á un mastín y lo destrozaron.

Un joven salió de su casa á cuidar del ganado, y á los pocos pasos de la misma, se vió rodeado de lobos. En el momento se le ocurrió encender un manojo de paja, y gracias á la llama que hizo, así se libró de ser destrozado.

Un regicida

El 8 de Junio de 1889 llegó á la secretaría del rey de Italia una carta amenazadora, en la cual algunos anarquistas anunciaban *lealmente* á S. M. que, si para el 14 de Julio no había renunciado al trono, lo enviarían al cielo *entre los Dioses*.

La amenaza fué comunicada al ministerio del interior, donde inmediatamente se pusieron en movimiento en busca del autor del anónimo amenazador.

Comenzaron, pues, las indagaciones para descubrir á los criminales.

Y entre las indagaciones y la instrucción pasaron año y medio.

Sin embargo, fué tal el celo y el secreto con que procedió la policía, que ni el público ni los periódicos supieron nada.

Los debates judiciales empezarán el 20 del presente mes y si no hubiera sido por la indiscreción de alguien que pertenece á los tribunales italianos, á estas fechas este proceso permanecería en el misterio.

No dejan de ser curiosos algunos de los trámites que ha seguido el juez de instrucción para el descubrimiento de quienes escribieron la carta.

Esta traia el timbre de Perugia.

En este punto era muy conocido un sujeto que profesa las ideas anarquistas.

Con este precedente, púsose en camino la policía en busca de este individuo, quien fué detenido en el momento de montar en un tren que partia para Roma.

Por lo demás, dicho anarquista había sido ya antes procesado por otras causas, teniendo, pues, antecedentes judiciales.

Reabriéronse los procesos que había sufrido, donde se custodiaban algunos manuscritos suyos.

Entonces apareció patente la semejanza de letra de aquellos documentos con la de la carta conminatoria.

Pero hubo más en contra suya, prueba, á la verdad comprometedora.

Desde Avenza, provincia de Carrara, llegó, con destino al anarquista referido, un paquete postal.

Recogido éste por la policía, fué sometido á un minucioso análisis.

El contenido del paquete era dinamita.

Según estas coincidencias, aparece evidente la culpabilidad del presunto regicida.

Merced á otros datos recogidos, este individuo no iba á cometer el atentado solo, sino en compañía de otros anarquistas, habiendo decidido hacer estallar bajo las ruedas del coche del rey de Italia varias bombas de dinamita.

La catástrofe ocurriría cualquiera de los días en que el rey suele salir de paseo, acompañado sólo de un ayudante de campo.

La vista de este proceso, como es de presumir, ha de tener grandísima resonancia.

La máquina del tren mercancías número 1.000 sufrió ayer un descarrilamiento á la salida de las agujas en la estación de Tolosa, por lo que hubo necesidad de pedir una máquina de socorro á Beasain, de donde salió ésta inmediatamente, logrando dejar la vía expedita después de inauditos esfuerzos, á las once de la noche, hasta cuya hora hubieron de estar detenidos en Tolosa, el tren correo descendente y el mixto ascendente que sale de San Sebastián á las cuatro de la tarde.